

EL ÚLTIMO TREN A CHEONGNYNGNI

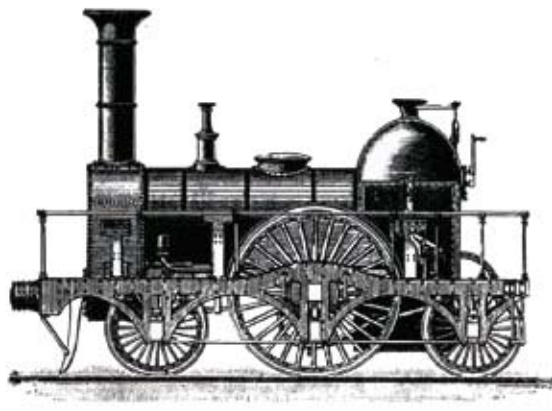
Andrés Felipe Solano



Desde el barco puedo ver como el río Han se mueve lento y pesado. En la orilla algunos pescadores tienden sus cañas. No sé qué clase de peces pueden sacar de este río que parte en dos a Seúl, una ciudad con once millones de habitantes. No había estado tan cerca de él. A veces, en el metro, veo como la bruma lo cubre y apenas puedo adivinarlo. Hace dos semanas recorrí parte de su margen sur, cerca a la Isla de Yeouido, donde está el parlamento coreano, que se parece un poco al Salón de la justicia donde se reunían Superman, Batman, Robin, la Mujer Maravilla, Aquaman y los Gemelos Fantásticos. A la salida de la estación compré un refresco de sábila al que me he hecho adicto, y caminé esquivando los tenderetes de comida que, entre otras cosas ofrecen caracolitos o larvas en grandes platonos de metal. Hace cincuenta años ésta parte del río estaba desierta. Seúl, o lo que quedó después de la Guerra de Corea, que duró tres años y en la que participó Colombia del lado de las Naciones Unidas, se ubicaba en el lado norte. Ahora en el sur, en la Isla de Yeouido, además del parlamento, se ubica el edificio 63, uno de los más altos de la ciudad, símbolo del poderío alcanzado por Corea en menos de medio siglo y que cuenta con un acuario en su último piso.

Son las ocho y apenas está anocheciendo. El instituto que me invitó a pasar seis meses en esta península que permaneció aislada por decisión propia cientos de años, ha organizado este corto recorrido por el río. Me acompañan una poeta de Túnez, una periodista de Kirgistán y una escritora Palestina. Antes de pasar al buffet oímos cantar a un imitador coreano de Frank Sinatra, un viejo que dobla *Fly Me To The Moon* a la perfección.

Llenamos nuestros platos de cuanta comida se nos antoja: cerdo asado, sashimi, estofado de caracol. Me llevo una taza de Mauntang, una sopa de pescado ultrapicante que ya he ensayado en el pequeño apartamento que pusieron a mi disposición en la Universidad de Hankuk, donde vivo. La palestina y yo pedimos cerveza y una vez terminamos de comer salimos a fumar, con el viento de la noche, que ya ha llegado. Creo que nos ponemos un poco tristes cuando vemos por unas ventanas una fiesta de matrimonio. Hemos venido de diferentes partes del mundo hasta aquí, dejándolo todo sin saber muy bien por qué, atraídos por una invitación a conocer un país a medio camino entre China y Japón del que tenemos poquísimas referencias. Fumamos y vemos una iglesia cristiana a la orilla, sobre una colina, con una cruz de neón roja alumbrando sobre una cúpula. Seúl está infestada de iglesias cristianas. Desde la ventana de mi apartamento puedo contar doce cruces rojas que no paran de brillar en toda la noche.



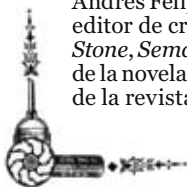
El barco sigue su rumbo: los gritos del matrimonio aumentan a medida que se vacían las botellas de Soju, (el aguardiente coreano) y un nuevo cigarrillo nos acompaña. Estamos rodeados de muchos fumadores, mujeres y hombres asiáticos embrujados por el humo, una constante en este país. Más adelante vemos una garza solitaria sobre una boya de cemento.

Una vez atracamos me despido. Tengo una cita con una coreana con la que he ido un par de veces al cine y otro par a comer. Su casa queda cerca. Vivió seis años en París y regresó a Seúl hace apenas un año y oye canciones de Marisa Monte y viejos tangos en su carro. Nos encontramos en la primera planta del edificio 63 y vamos hasta el parque de Yeouido, donde suele correr en las noches, después del trabajo. La noche está fresca, a diferencia del insoportable sopor que hizo durante este día de finales de junio. Caminamos un rato por entre pinos, fuentes y pequeños lagos y cuando llegamos al centro del parque nos encontramos con un conejo; es blanco y resplandece en la noche. Mi amiga se acerca y lo alcanza a rozar. Me quedo viéndolos en silencio. Después, el animal desaparece.

Encontramos una banca y nos sentamos. Saca de una bolsa una cerveza y me la ofrece. Ella ha escogido una bebida con vodka. Hablamos de cine. Me gusta hablar de cine con ella. Tenemos algunas películas en común. A los dos nos gusta Takeshi Kitano. Hablamos del gran final de Zatoichi, cuando todos los personajes de la película bailan una mezcla de tap y danza tradicional. Nos emocionamos al recordarlo. Me cuenta que Kitano desciende de coreanos, pero no recuerda si fue su padre o su abuelo el que fue llevado a Japón durante la ocupación japonesa a principios del siglo XX. Japón invadió Corea y mandó sobre la península durante casi 50 años. A los coreanos se les prohibió hablar su idioma e incluso tuvieron que cambiar sus nombres por nombres japoneses.

La noche se va rápido para mi pesar. Debo tomar el metro antes de medianoche. Mi amiga me lleva en su carro hasta la estación. Quedamos atascados debido a una gran manifestación contra la importación de carne de res proveniente de Estados Unidos. Desde hace dos meses los coreanos protestan contra esta medida, temerosos de contraer la “enfermedad de las vacas locas”. Después de un par de atajos logramos llegar. Son las 11:50pm. Antes de despedirme suena en el radio *El día que me quieras*.

Corro y alcanzo a tomar el último tren a Cheongnyngni. Por la ventana del metro veo el río Han, las luces del edificio 63 y las gotas de un tenue aguacero de verano. ●



Andrés Felipe Solano es periodista independiente. Fue redactor de planta de la revista *Cromos*, editor de crónicas en la revista *Soho* y ha colaborado para revistas como *Gatopardo*, *Rolling Stone*, *Semana* y el diario *El Espectador*. Participó en la creación de la revista *Arcadia* y es autor de la novela *Sálvame, Joe Louis* (Alfaguara). Hasta hace tres meses fue el coordinador editorial de la revista *Credencial*, cargo que dejó para hacer una estancia en literatura en Seúl, Corea.

